

Detectives

en Bariloche

María Brandán Aráoz

Ilustraciones de Vladimiro Merino

loqueleg

A mi marido, Miguel E. de la Torre, y a mis hijas, María, Dolores y Magdalena. A mi sobrino, Gustavo Mc Gough, y a Juan S. Bello Hugh.

Mi agradecimiento a Titina de la Torre y a Silvia y Luis Gazzolo, por “Viejo Quintral” y “Ruca Esther”.

1

EN VIAJE

Mauro Fromm se ajustó el cinturón de seguridad, estiró sus largas piernas hasta donde se lo permitía el escaso espacio entre su asiento y el de adelante y exhaló un suspiro de alivio. “A las siete de la mañana estaré en Buenos Aires”, se dijo emocionado. Por el altavoz, el comandante anunciaba la temperatura, el tiempo estimado de vuelo, la escala prevista en Frankfurt y la hora de arribo al aeropuerto de Ezeiza. Con las luces de seguridad prendidas y los motores rugientes, el avión inició en la pista su desenfundada carrera hacia el despegue.

Mientras sobrevolaban Berlín, Mauro contempló por última vez la ciudad iluminada a pleno, empequeñecida ahora desde la oscuridad de las alturas. Pensó que no le había resultado nada fácil tener que dejar la Argentina para adaptarse a vivir allí, estudiar en alemán y convivir con

su exigente tío y su sobreprotectora tía, ambos muy diferentes de Walter, su comprensivo tutor porteño. Pero Mauro había perdido a sus padres siendo muy niño y a los diecisiete años debía acatar las decisiones de sus únicos parientes. “Si no hubiera sido por ella, por sus cartas dándome ánimo, por su recuerdo constante, no habría logrado resistir todo un año”, pensó agradecido. Y cerró los ojos para convocar mentalmente la cálida imagen de Adela, su novia. Volvió a verla con sus pantalones bolsudos, su trenza deshecha, su personalidad decidida y tan terca y cabeza dura como él mismo. La veía acompañada por su fiel Guardiana, “la perra doberman más inteligente del mundo”, como decía su dueña, y sonrió conmovido.

Absorto en sus pensamientos, Mauro tardó en advertir que le tocaban el brazo. Se trataba del pasajero sentado a su derecha, un hombre canoso, de unos cuarenta años, con anteojos de armazón dorada cabalgando sobre una nariz ganchuda.

—Necesito pasar. Debo ir al baño —dijo en perfecto alemán.

Mauro notó que las luces de seguridad seguían encendidas.

—Todavía no se permite abandonar el asiento —le aclaró con amabilidad en el mismo idioma.

Por toda respuesta, el canoso, torciendo la boca en un gesto irónico, presionó las piernas de Mauro con un maletín negro de cuero de cocodrilo.

Molesto por la descortesía, éste se levantó de un salto y avanzó hacia el pasillo (el tercer asiento estaba vacío) para cederle el paso.

El canoso sorteó ambos asientos, dio dos pasos y se encerró en el baño ubicado inmediatamente atrás.

El incidente no hubiera llamado demasiado la atención de Mauro, salvo por un curioso detalle: pasaron dos horas y el hombre no volvió. Aunque el individuo no le era en absoluto simpático, Mauro se preocupó. El hombre podría haberse descompuesto o desmayado y estar encerrado en el baño sin posibilidades de pedir ayuda. Se levantó de su asiento.

Golpeó con decisión la puerta del toilette. Nadie respondió. Hizo girar el picaporte y la abrió: el lugar estaba vacío. Tampoco había indicios de que alguien hubiera experimentado un malestar o cosa parecida. A excepción de un frasco rodando por el piso, el baño estaba en perfecto estado de orden y limpieza. Mauro tomó el frasco y examinó la etiqueta: se trataba de una tintura para el cabello de marca alemana, con una lechuza grabada en la tapa. Lo tiró en el tacho de la basura. Todavía intrigado con la desaparición de su vecino de asiento, Mauro decidió dar aviso a la azafata.

Tras escuchar su relato, la mujer rubia de impecable uniforme no pareció preocuparse demasiado.

—Si no hay nadie encerrado en el baño, ¿cuál es el problema? —dijo en alemán. Y lo miró socarrona—: ¿Se trata de alguna broma?

—Le digo que mi compañero de asiento se fue hace dos horas y no volvió. Pienso que pudo haberle pasado algo.

La azafata dijo que iba a consultar la lista de pasajeros. Al rato volvió con unas hojas encarpetadas.

—No tienes compañero de asiento, los de los extremos están vacíos. Puedes disponer de los tres si quieres —le dijo con una sonrisa burlona.

—Pero si había un hombre canoso sentado ahí... ¿Usted no lo recuerda?

—Son demasiados pasajeros como para recordarlos a todos y, por añadidura, los lugares donde están ubicados —le explicó, a punto de perder la paciencia.

—Yo hablé con el pasajero, no lo inventé —insistió Mauro.

—Será alguien que se confundió de asiento y luego volvió a su lugar, no te preocupes. Ahora debo repartir las bandejas de la cena —hizo una sonrisa profesional y se fue.

Mauro decidió olvidar el incidente y concentrarse en pensamientos más agradables. Pensó en

los quince días de vacaciones que tenía por delante. ¡Estaba tan impaciente por ver a su novia y a sus amigos! Berlín era una ciudad pujante, pero él pertenecía a su querida Buenos Aires.

El avión aterrizó en Ezeiza y una larga fila de pasajeros hizo cola en el corredor para descender por la escalerilla. Mauro se dispuso a esperar tranquilamente en su asiento hasta que el pasillo se despejara un poco.

Rato después, ya estaba a punto de bajar con su mochila a la espalda, cuando un hombre morocho de unos cuarenta años salió intempestivamente de la primera clase y se lo llevó por delante. El desconocido pasó sin mirarlo y lo empujó con un maletín negro de cuero de cocodrilo. Mauro lo radiografió en un segundo y algo en su perfil le llamó poderosamente la atención. ¡Tenía una nariz ganchuda idéntica a la de su misterioso vecino de asiento! El maletín... la nariz... el frasco de tintura en el piso del baño... Mauro estaba seguro: no eran meras casualidades. Se trataba del mismo hombre camuflado. Seguramente quería evitar que alguien lo reconociera en Ezeiza pero, ¿por qué? La mente detectivesca de Mauro empezó a funcionar a toda velocidad.

El hombre pasó como ráfaga delante de la azafata y bajó muy apurado la escalerilla del avión.

Mauro bajó detrás. En el último peldaño, al de nariz ganchuda se le cayó algo del bolsillo pero siguió caminando por la pista sin advertirlo. Mauro levantó la billetera de cuero rústico fabricada artesanalmente y corrió tratando de alcanzar al hombre, pero éste iba demasiado rápido. De pronto lo perdió entre la multitud de pasajeros que deambulaban por Ezeiza.

En la billetera sólo había unos pesos argentinos fuera de circulación y una foto carnet, bastante antigua, del misterioso hombre, pero ninguna tarjeta con el nombre u otro documento que identificara a su dueño. Examinó mejor la billetera: tenía una etiqueta pequeña que decía: *Artesanías Any. Km 6. Bariloche*. “Bueno, ya es algo —se dijo—, cuando vaya a Bariloche puedo pasar por el negocio. Tal vez ellos tengan forma de identificar al comprador y puedan mandársela.” Y volvió a guardarla en su bolsillo. Mauro podría haber entregado la billetera en Informes y desentenderse del problema, pero internamente tuvo que reconocer que ese hombre de lentes y nariz ganchuda lo había intrigado y deseaba volver a verlo para aclarar sus dudas.



EL REENCUENTRO

Adela volvió a leer el telegrama por cuarta vez: “LLEGO EL 22. BESOS, MAURO”. Apenas podía creer que eso fuera cierto. ¡Mauro volvía de Alemania! ¡Por fin! Ese último año sin verlo se le había hecho interminable, aburrido, eterno, pese a todas las cartas que se habían escrito (exactamente cuarenta y ocho). Una por cada semana de separación; tal como se lo habían prometido mutuamente el día de la despedida. Adela se volvió hacia Inés. Su vecina y mejor amiga había ido a visitarla esa tarde y estaba ansiosa por compartir con ella sus pensamientos.

—¿Te das cuenta, Inés? Hoy hace once meses y medio que estoy de novia por correspondencia.

Inés apartó la mirada del folleto que estaba leyendo y comentó distraída.

—¿Y vos te das cuenta de que en unos días más los cuatro estaremos en Bariloche? ¡Qué suerte que mi tía Victoria nos haya invitado a su casa!

—¡Y que los deje llevar amigos! ¿Te conté que un íntimo amigo de Mauro y mío vive en Bariloche? Fernando era de nuestra primera barra de detectives, cuando todos éramos vecinos en Belgrano.

—¿Qué tal es? ¿Buen mozo? —investigó Inés.

—¡Inés, sos terrible! —rió Adela—. La última vez que lo vi era un chico, pero supongo que sí. Muy al estilo de Mauro, rubio y de ojos claros, pero más bajo y menudo. Aunque lo mejor de Fernando es que es re piola y muy divertido.

—¡Entonces llámalo en cuanto lleguemos! Digo, para que nos asesore sobre las excursiones que podemos hacer. Me gustaría ir al cerro López, al Tronador, al bosque de arrayanes, al...

—Inés, tengo una duda —la interrumpió Adela—. ¿Tu hermano está seguro de que a Mauro también lo dejarán venir, no? Como va a estar sólo por dos semanas... ¡Esos colegios alemanes podrían darles una semana más de vacaciones para Navidad! —refunfuñó.

—Pero, ¿no te lo dije? Anoche Mauro llamó a Pablo desde Alemania. Está todo arreglado: Walter, el tutor, ya le dio permiso.

—¡Y no me habías dicho nada! Te encanta hacerme sufrir —Adela se levantó de un salto y, riendo, le arrojó un almohadón a su amiga.